

## PROLOGO.

Queremos que antes que el benévolo lector empiece á hojear esta historia, conozca el origen que tuvo el pensamiento de escribirla y la manera cómo se llevó á cabo, para que así mire con benevolencia el trabajo, y no lo sujete á los rigores de estricta y severa crítica.

Habiéndonos tocado la dicha de nacer en este rincón de tierra que, cuanto más desolado y estéril es, con más tenacidad se le ama y adora, los vientos de la adversidad trajeron á nuestros padres á la capital del Estado, en donde despedía los postreros destellos de su brillante inteligencia el gran patriarca de la literatura yucateca, el ilustre é inmortal Don Justo Sierra, talento extraordinario que llenó con su esplendor la vida literaria de Yucatán en la primera mitad de nuestro siglo. Escudriñador incansable, é infatigable en el estudio, derramó olas de luz en nuestra historia, antes casi desconocida. Quiso la suerte que empezásemos á crecer en un medio en el cual las muestras de respeto que se rendían en sus últimos días al preclaro maestro y eminente sabio constituían reverente y amoroso homenaje que le tributaban de consuno la nueva generación naciente y el grupo escogido de sus amigos contemporáneos. Sus enseñanzas eran escuchadas con emoción; sus palabras conservadas

F1376  
H644



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

001470

como un tesoro; sus pensamientos, ya entonces revestidos de esa solidez y perspicacia que dan las vislumbres de los rayos de la eternidad que se aproxima, eran meditados y estudiados como axiomas lumínicos por la juventud ávida de saber, y que pugnaba por alcanzar los ideales nobles y levantados que el grande hombre hacía relucir ante su inteligencia é imaginación. Nosotros, todavía en los primeros albores de la juventud, no pudimos disfrutar la dicha de ese círculo de admiradores entusiastas que rodearon á nuestro eminente estadista é historiador en sus últimos años; pero llegaba hasta nosotros el eco de su palabra, el reflejo de sus pensamientos, y el calor del entusiasmo que hacía nacer en los corazones. Sin tomar parte en ellos, por nuestra edad, escuchábamos en silencio los comentarios y elogios que en torno nuestro se hacían de sus obras, las alabanzas de sus grandes méritos, y las sentidas lamentaciones de la pérdida que iba á hacer el país con la temprana muerte de aquel que, como literato, cultivó las letras en los géneros mas difíciles; como jurisconsulto, estableció los fundamentos de nuestra moderna legislación, y como historiador, reveló la clave para escribir nuestra historia. De aquí es que el cariño hacia esta gran figura de nuestra historia patria se despertó en nuestra alma con los más vivaces sentimientos de nuestra juventud, y ha conservado su mismo vigor á través del tiempo que todo lo modifica. Por esto nos aficionamos desde muy temprano á la lectura de las obras del Dr. Sierra, y su influencia se ha hecho sentir en nosotros con la misma eficacia que tuvo en todo Yucatán en la última década de su vida.

Uno de los efectos más notables que produce la lectura de las obras del Dr. Sierra, es arrastrar al lector, como con atractivo indeclinable, con seducción invencible hacia el estudio de la historia y arqueología de Yucatán. El entusiasmo por la historia del país, que se desborda en todas las obras del Dr. Sierra, es comunicativo, y creo que casi no habrá habido lector suyo que, despues de haber pasado horas deleitosas sobre las páginas de sus obras, no se haya sentido arrebatado del deseo de estudiar la historia de Yucatán, desentrañando sus ocultos secretos y reconstituyendo la trama de sus recónditos y olvidados sucesos. Esta misma pasión sentimos nacer en nuestra alma al contacto de los libros históricos del Dr. Sierra, y, al leer sus narraciones impregnadas de ese aire del venerable pasado, quisimos ser participantes de esa delicia que se siente en abstraerse del presente monótono y en vivir en compañía de los muertos, desenterrándolos de sus enmohecidos sepulcros, y haciéndolos desfilar ante la contemplación de nuestro espíritu, revestidos con el ropaje de su época, y viniendo á sujetar á nuestro juicio sus hechos, ya no velados por los ambages del amor propio, ni cubiertos por el oropel de la adulación, sino descubiertos y desnudados por el escalpelo de la crítica histórica. Empezamos á escudriñar los archivos, á comparar las crónicas y á pasar por el tamiz de un juicio sereno é imparcial, sucesos notables de nuestra historia; pero, aunque enardecidos por el entusiasmo, obligaciones sagradas nos arrancaban de tareas tan agradables, por la precisión de consagrar nuestro tiempo á las arduas labores del foro, en donde debíamos buscar

nuestro sustento y el de nuestra familia. Con har-  
to pesar nos vimos obligados á renunciar á la idea  
de escribir una de esas obras de grande aliento que  
ocupan toda la vida; no obstante, nuestra afición  
á la historia patria era tan irresistible, que no pu-  
dimos negarnos el placer de dedicar algunas horas  
á las investigaciones históricas. A esto nos ayudó  
también la convicción profunda que abrigamos de  
que todo hombre, si quiere hacer su vida útil y agra-  
dable, sea cual fuere la profesión que haya abraza-  
do, debe reservar algunas horas en el año y con-  
sagrarlas al cultivo de alguno de los ramos de la  
ciencia: estas horas acumuladas en el transecurso  
de la vida son productoras de un bien provechoso  
al individuo y á la sociedad; elevan el alma de la  
prosa rastrera de las tareas cuotidianas á un nivel  
más elevado, y hacen gozar la inefable suavidad de  
los placeres intelectuales. Escogimos, con este obje-  
to, el ramo de la historia patria, y ya que no podía-  
mos entregarnos del todo á tan agradable trabajo,  
por lo menos nos propusimos estudiar determi-  
nadas épocas y publicar el fruto de nuestros humil-  
des trabajos en la forma de cuadros históricos. Así  
conseguimos dar á luz la vida del conquistador Gó-  
mez de Castrillo, y la monografía sobre el Conde  
de Peñalva, una de las personalidades más célebres  
y más discutidas de la época colonial.

Después de la publicación de esta última obra,  
estuvimos vacilando en la elección de nuestro tema  
de exploración histórica, hasta que los consejos de  
nuestro hermano D. Audomaro Molina, que bebió  
en las mismas fuentes la misma pasión histórica y  
arqueológica, nos hicieron fijar la vista en el descu-

brimiento y conquista de Yucatán, como asunto  
muy digno de investigaciones cuidadosas, atendido  
que allí debíamos encontrar los orígenes de nuestra  
raza, de nuestro estado social y de nuestra civiliza-  
ción con todos sus defectos y virtudes. Nos alentó  
aun más en nuestro propósito, un incidente: llegó  
afortunadamente á nuestras manos la magnífica obra  
que el admirable literato D. Vicente Riva Palacio  
escribió sobre la época colonial, y leyendo lo que  
en ella se encuentra concerniente á la conquista de  
Yucatán, quedamos sorprendidos del juicio que ha-  
ce de los historiadores de la conquista, al expresar-  
se como sigue: «Los acontecimientos de la conquis-  
ta y pacificación de Yucatán están envueltos en  
gran oscuridad, por falta de cronistas que en tiempo  
oportuno, y con seguros datos, escribieran las mar-  
chas, combates, progreso y establecimiento de las  
tropas españolas; porque, aun cuando hay historia-  
dores que se ocupan de la península especialmente,  
no puede dárseles crédito alguno en los detalles,  
cuando ignoraban hecho tan importante como el de  
que Montejo estuvo ausente de aquella tierra desde  
1533, por lo menos, hasta 1548, y á cada momento  
hablan de él suponiéndolo ya en Yucatán, ya en  
Tabasco, y lo que es más grave, hasta llegando con  
una expedición sobre los mayas, en los momentos  
en que vivía tranquilo en la capital de Nueva-Es-  
paña, en Ciudad Real, ó en la ciudad de Gracias á  
Dios.» Estas palabras del eminente historiador nos  
revelaron una senda inexplorada, y nos sirvieron  
de enseñanza y guía, que nos apresuramos á apro-  
vechar. Abrazamos con interés la tarea de estudiar  
esta época de nuestra historia, con el mismo ardor

con que un estudiante aplicado se engolfa en el estudio de las ciencias estimulado por la voz del maestro que le dirige y le señala el punto cierto en donde terminarán sus trabajos: era tentador tratar de disipar esas oscuridades apuntadas, descubrir y narrar la verdad acerca de una empresa tan esforzada como llena de peripecias, y que tan íntimamente nos toca, pues que se refiere á la vida de nuestros padres, de los que pusieron la primera piedra de nuestro edificio social, la primera simiente de nuestro carácter moral, las primeras líneas de nuestra organización política. Nos pusimos á la obra, y el resultado de ella es la que presentamos á nuestros compatriotas, con la súplica sincera de que al juzgarla se fijen más en las buenas intenciones que nos guiaron, que no en sus condiciones y naturaleza. En nuestros trabajos recibimos auxilio eficaz y meritorio de la cooperación inteligente de nuestro respetable amigo el Señor Don Antonio Llamosas que nos proporcionó muy buenos documentos que ahora poseemos, y de nuestro querido hermano Don Audomaro Molina cuyo criterio nos sirvió de guía en muchas ocasiones. A ellos dedicamos la obra, en homenaje de gratitud.

Mérida Diciembre 22 de 1895.

## RESEÑA DE LA HISTORIA ANTIGUA DE YUCATAN.

---

AL LECTOR

Estudiando al pueblo maya, tal como lo encontraron los españoles al fundar sus primeros establecimientos en Yucatán, nadie puede dejar de admirar las ruinas de sus grandes edificios, su escritura, su numeración, su calendario, que, como lenguas vivas pregonan el adelanto de aquel pueblo respecto de otras tribus ó pueblos del continente americano. Como consecuencia de esta admiración, la primera pregunta que hace el hombre estudioso é investigador es acerca del origen de esa raza que tan memorables huellas dejó de su paso, y desearía uno penetrar los misterios que se encierran en sus libros y en sus ruinas, hasta determinar con fijeza de dónde vinieron aquellos hombres, qué ruta siguieron, y cómo se establecieron en Yucatán.

Adivinando la curiosidad que el lector ha de tener respecto de estos puntos, hemos querido in-